

## RELACION

*que hizo al virey Venegas el coronel D. Diego Garcia Conde, de todos los sucesos ocurridos en el ejército de Hidalgo desde el dia 7 de Octubre, en que el mismo Garcia Conde y sus compañeros fueron aprehendidos en las inmediaciones de Acámbaro por el torero Luna, hasta el 7 de Noviembre en que quedaron libres en Aculco, á consecuencia de la victoria ganada en aquel punto por el ejército real, bajo las órdenes del brigadier D. Félix María Calleja.*

Excmo. Sr.—Despues de la feliz victoria de Aculco que me dió milagrosamente la libertad, pensé pasar á esa ciudad, para dar á V. E. noticias exactas y circunstanciadas del manejo y proyecto de los enemigos que me habian llevado con su ejército á todas partes, durante el mes completo de mi prision; pero mejor aconsejado por el riesgo de volver á caer en sus manos, lo suspendí propo-



niéndome dar á V. E. por escrito puntual noticia de todos mis sucesos.

Las ocupaciones de mi empleo, las marchas no interrumpidas, y la falta de comodidad en el campo, no me lo han permitido hasta tanto que el dia de descanso que tenemos hoy en esta ciudad, adonde hemos regresado del campo de Marfil, me proporciona así la digresion como la falta de elegancia, en honor de la verdad, de cuanto me ha acaecido (1).

Despues que merecí á V. E. el ascenso á coronel de Dragones Provinciales de Puebla, y el mando de las armas de la provincia de Michoacan, salí de esa capital en compañía de los señores Rull y Merino el die 3 de Octubre para la ciudad de Valladolid, dia justamente en que salia el correo de esa capital, lo que aumentaba el riesgo de caer en poder de los insurgentes, por la noticia que nos habian dado de estar interrumpida la comunicacion en Acámbaro: llegamos felizmente á la hacienda de Apéo, distante dos leguas de Marabatío, el dia 6, y por las cartas de recomendacion que llevábamos, adquirimos noticia de los administradores de las haciendas inmediatas, para disponer nuestro tránsito con menos riesgo.

Todos unánimes nos dijeron que el pueblo de Acámbaro estaba tranquilo, que iban y venian coches sin la menor novedad, y aunque fuí de opinion de que tomásemos caballos en Marabatío y cruzar la sierra por no tocar en

(1) Quiso decir sin duda, que por el escaso tiempo que le daba la corta digresion que hacia en sus ocupaciones en aquel dia de descanso, dispensase el virey la falta de elegancia en su narracion.

Acámbaro, se opusieron todos diciendo que seria hacerlos entrar en sospecha, pues se sabia ya nuestra ida por el correo, y que en el caso de querernos coger, saldrian á verificarlo por la misma sierra, y que, por tanto, tenian por mas oportuno pasar disimuladamente por el arrabal del pueblo sin hacer alto en él, y apostar tiros en el camino para hacer el viaje con celeridad. Así lo ejecutamos, pero con la desgracia de estar ya vendidos por todos, hasta de los cocheros que nos pusieron en el camino, los que nos hicieron remudar una mula á la entrada del pueblo y otra á la salida, suponiendo cansancio y enfermedad; de suerte que á dos leguas de haber pasado por Acámbaro, vimos venir como doscientos hombres á caballo para cortarnos, y mas de trescientos á pié por la cañada, habiéndonos abandonado diez y seis vaqueros que pedimos de escolta, y sin mas defensa para la resistencia, que la que podíamos hacer los seis individuos que íbamos en dos coches.

Nos apeamos prontamente, y yo sin sombrero por no detenerme á cogerlo, teniendo en una mano una pistola y desenvainando parte del sable, para hacer mas pronto uso de él en caso necesario, hice que todos los demás se pusiesen detrás de mí, y apuntando la pistola al torero Luna que venia capitaneando su gente, le mandé hacer alto á cosa de diez pasos, preguntándole qué queria y á quién buscaba; pero á una seña que yo no advertí y que hizo á los indios otro que venia á caballo junto á él, empezaron á llover piedras tiradas con hondas sobre nosotros, y al querer sortear una que venia directamente, me ganó Luna la accion por detrás, dándome una lanzada en



la cabeza que me tiró redondo en el suelo sin sentidos, y cuando volví en mí ya me encontré todo chorreado de sangre, y desarmado, y rodeado de gente á pié y á caballo, que me dieron una pedrada en la mano izquierda, otra en cada espaldilla, una cuchillada en la mano derecha, y otra en la oreja izquierda; de suerte que aquella infernal canalla, á pesar de verme indefenso, se saciaba en martirizarme; me ataron fuertemente con una reata, y llegando otro de sus mandones que les reprendió el trato que me daban, me hizo entrar en el coche con Rul y Merino, éste gravemente herido en el costado izquierdo, y Rul con una cuchillada en la cabeza.

Entramos á las cinco de la tarde en Acámbaro, en medio de la gritería de inmenso pueblo que pedía nuestras cabezas y acabar con todos los gachupines, creímos que nos despedazaban; pero se reservaron nuestras vidas para mayores y repetidos insultos.

Nos metieron en un cuarto del meson rodeados de centinelas, y vino un cirujano á reconocernos las heridas: fué necesario confesar á Merino, al cocinero de Rul y á su asistente, y aunque primero determinaron dejar á Merino en el pueblo hasta su restablecimiento, lo hicieron salir poco despues con nosotros, haciéndonos continuar la marcha á las once de la misma noche para Celaya, donde llegamos á la una del dia inmediato, desfallecidos y consternados, tanto de los dolores que las heridas nos causaban, como por ver la infamia de la plebe que nos amenazaba con las expresiones mas indecentes que pueden imaginarse.

Allí fué donde nos vimos del todo saqueados, sin tener

ropa que mudarnos y solo con un colchon que nos quisieron dejar; pero Dios nos deparó para nuestro consuelo al Lic. D. Cárlos Camargo, que nos atendió en cuanto pudo, facilitándonos un buen cirujano con todos los ingredientes necesarios á nuestra curacion y el método que debíamos observar, una muda de ropa á cada uno que rescató de los acambareños, y cien pesos para lo que se nos pudiese ofrecer.

La mañana siguiente salimos para San Miguel el Grande con los mismos insultos de la plebe y aun mayor riesgo, porque íbamos encontrando las divisiones del ejército de Aldama, y todos nos recibian con los mismos vituperios y amenazas.

A las seis de la tarde llegamos á una y media legua de San Miguel, donde encontramos á Aldama, mariscal de campo entre ellos y general de su ejército, á caballo, en mangas de camisa, con sable y un par de pistolas de gancho en el cinturon, sombrero blanco, y una manta ó frazada sobre el arzon de la silla, quien despues de habernos hecho reconocer para ver si traíamos alguna arma oculta, con palabras muy indecentes nos hizo volver atrás, entrando nuevamente en Celaya á la una de la noche, sin darnos otro alimento que un pocillo de chocolate al recogernos, desde otro igual que al amanecer nos habian dado.

Ya desde entonces seguimos con su ejército por los pueblos de Acámbaro, Zinapécuaro é Indaparapéo, donde nos detuvimos dos dias, esperando los ejércitos del cura Hidalgo y el de Allende que se nos incorporaron.

Este me fué á visitar aquella misma noche, acompaña-



do de una numerosa guardia, y rodeado de doce ó catorce coroneles y tenientes coroneles de los suyos, espada en mano, que siempre le llevaban en medio cuando salia de su habitacion para cualquier parte.

Nos hizo pasar á Merino y á mí á otro cuarto inmediato donde nos recibió con mucho agrado, y sentados los tres á vista de sus jefes, siempre de centinela, entablamos una conversacion larga sobre los motivos de la insurreccion: nos contó su historietta, pues así la llamaba, reducida á que de resultas de haber hecho crítica de varias gacetas nuestras, supo que por el gobierno se le queria prender, y que no siendo justo que un hombre de sus circunstancias se dejase aprisionar por cuatro polizontes, habia dado el grito con el cura Hidalgo, con unos resultados tan felices, que ya contaba con mas de 80,000 hombres sobre las armas y las mas de las capitales de las provincias ganadas por aquellos, esperando solamente tenerlos á la vista para entregarse, como sucederia igualmente con todas las tropas poseidas de los mismos deseos, porque el encono contra los europeos era general y justo, pues no era razon que una alhaja tan preciosa como esta, se viese subyugada por unos hombres de tan pocos principios como los que generalmente venian de Europa. Hasta aquí me ví en la necesidad de sufrirlo; pero tomé la palabra demostrándole, cuán equivocado estaba sobre el concepto de las capitales de las provincias y nuestras tropas, que todas conocian la injusticia de la insurreccion en este reino: que el mismo principio de ella, segun me acababa de insinuar, manifestaba patentemente los malos resultados que debia tener, pues trataba de vengar

un agravio particular con la ruina del reino, y que aun cuando consiguiese el exterminio de los europeos, que estaba muy distante de poderse realizar, debian esperar de una indiada ya sedienta de sangre que no se contentaria con los europeos, sino que acabaria con los blancos del país, principiando por ellos: que en punto á la falta de principios de los europeos trasladados aquí, merecia mucha excepcion, pues en tiempos antiguos, cuando la navegacion ofrecia tantas dificultades, pudieron venir algunos de bajas circunstancias, arrostrándolas todas por mejorar de suerte; pero que ya facilitados los mares por el continuo comercio por una parte, y por otra, las calamidades ocurridas en la península en estos últimos tiempos, habian ocasionado la venida á este reino de personas muy distinguidas, dignas de la mejor opinion pública.

A estas y otras muchas razones que le expuse, hubo de convencerse y confesar ser ciertas las fatales consecuencias que debia prometerse este reino por la insurreccion; pero que ya la cosa estaba hecha y que no tenia remedio, consolándose con que, en el caso de suceder todo conforme yo lo temia, quedarian estos países en favor de los indios sus primeros dueños; y le añadí que jamás llegaria este caso, porque aun cuando la España por las calamidades del dia, no pudiese vengar su ofensa, habia otras dos naciones muy fuertes, que cualesquiera de ellas impediria á los indios la posesion, y con unos tratos muy distintos de los que recibian de los españoles.

Interrumpió esta conversacion el general Aldama, dándole parte, con todo el tratamiento de excelencia, de haber regresado la partida del torero Luna que habia ido



infructuosamente al alcance del señor obispo de Valladolid, y contestó Allende con muchísima afectación, que sentía mucho se le hubiese escapado, porque deseaba darle pruebas de verdadera estimación; con esto nos despedimos, y me ofreció que respecto á que marcháramos con el ejército, nos repetiría sus visitas.

La mañana siguiente llegaron de Valladolid un canónigo por parte de la catedral, un regidor por el cuerpo de ciudad, y un jefe militar por las armas, á hacer entrega de la ciudad al cura Hidalgo, adonde nos dirigimos el mismo día con el ejército, y según nos aseguraron, suspendió el citado Hidalgo de sus prebendas á varios canónigos por no haber salido á recibirlo; pero informado de no haber sido citados para su llegada, los volvió á poner en posesión.

A nosotros nos tuvieron más de hora y media, como era de costumbre, en medio de la plaza y calle principal, con el pretexto de no saber el alojamiento, oyendo los insultos y continua gritería de la plebe, hasta que al fin nos lo dieron en el colegio de S. Nicolás Tolentino, donde el catedrático D. Francisco Castañeda nos trató con el mayor cariño y caridad.

Desde entonces se nos trató con el mayor rigor, quitándonos toda comunicación, y lo atribuimos á que Allende daría noticia al cura Hidalgo de nuestra conversación en Indaparapéo la noche antes, pues todas las órdenes rigurosas nos venían del cura. Permanecimos tres días en aquella ciudad, y en la mañana siguiente entró en el colegio el mariscal Balleza, insultándonos á gritos á vista de mucha gente, diciéndonos que éramos

unos bribones, que habíamos hecho emponzoñar el aguardiente de la tienda de un europeo, que se había sabido que los indios se estaban muriendo en la plaza por nosotros, y que habíamos puesto un correo á Méjico: le contestamos que no conocíamos á nadie en la ciudad para tomar semejantes providencias, que se practicasen las diligencias más exquisitas, pues todo era falso, y que en levantarnos semejantes testimonios, no podía llevar otro objeto que el de indignar más á la plebe contra nosotros. Entonces cogió la espada de un centinela para dar sobre nosotros; pero al retirarnos unos pasos atrás se contuvo, y nos puso cuatro centinelas con orden de envasarnos si hablábamos con alguno.

Por la noche pidió el conde Rul un confesor, y el cura Hidalgo le envió un fernandino, á quien concluida su confesión le pidió que confesase también á su hijo; pero estando en ella, vino una orden de Hidalgo para que la suspendiese y pasase á verlo.

Poco después volvimos á oír alborotado el pueblo y disparar la artillería: nos cerraron la puerta del cuarto, dejando las centinelas de parte de afuera; nos hincamos á rezar el Rosario y nos volvieron á abrir prontamente la puerta poniéndonos dentro cuatro centinelas, con orden de pasarnos de parte á parte si nos movíamos.

No les hicimos caso y seguimos rezando, y al concluir vimos seis soldados con hachas encendidas, puestos en semicírculo en la puerta, y entró un ayudante del cura llamándonos por nuestros apellidos. *García Conde, Rul y Merino* (creimos que nos había llegado la hora) *quédense aquí y salgan los demás*, que eran el padre Ondarza que